EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVIII — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NUM. 14099

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

MARTES 24 DE NOVIEMBRE DE 1908

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.

La construcción de la Escuadra

Rumores pesimistas

Según leemos en la prensa de Madrid, parece ser que el Gobierno abriga el criterio de declarar desierto el concurso para la construcción de la Escuadra, y esta noticia que leemos con verdadera sorpresa, pues afecta muy directamente á los intereses de la nación, causa en nosotros profundo sentimiento, pues es una amenaza, á plazo fijo, para los Arsenales del Estado, y muy particularmente al de Cartagena.

Agotados los créditos para obras y cuando ya se vislumbraba un rayo de luz en el negro horizonte del porvenir de nuestra maestranza, merced á las construcciones proyectadas, la fatalidad, que parece cernerse de poco tiempo á esta parte sobre tan sufrida como modesta clase, arroja montones de sombras sobre sus futuros destinos, cerrándoles herméticamente las puertas de la esperanza.

Disparadas de criterio, ¡quien sabe si empeñada lucha de amor propio! hace, que el Gobierno aconsejado por el ministro del ramo, declare, si nuestras noticias se confirman, completamente desierto el concurso de Escuadra, y que prosigamos en el mismo estado que hasta la fecha, lamentando desdichas pasadas, que podrán repetirse en lo sucesivo, sino tenemos el suficiente valor cívico para contrarrestarlas

La escuadra es necesaria, los intereses de la nación exigen que esos proyectados barcos se construyan, si no queremos hacer un papel triste y ridículo ante las demás potencias marítimas.

¿Se confirmarán los pesimistas rumores que hasta nosotros llegan?

Pronto tendremos la solución de tan importante problema.

Notas alegres

Anestesia física y moral

Como Caín y Abel, el dolor físico y el dolor moral andan encontrados; el uno, cruento, insoportable; el otro, agudo, irresistible. ¿Quien habrá que no sea víctima de alguno de ellos? Y cuantos habrá que sufran las consecuencias de los dos!

Un dolor de muelas, de esos rabiosos que parecen inventados por la diosa de la desesperación, puede conducir á los más lamentables excesos, incluso el de darse calamotazos contra la pared. Ese es el dolor físico, el grito de la materia que se revuelve contra la violencia.

Pero es más terrible el dolor moral. Preguntádselo á la madre amantísima que llora sobre el cadáver de su hijo idolatrado, fruto de sus entrañas, la pérdida del ser querido, cuyos tristes despojos reclama la tierra y cuya alma inocente y candorosa subió al cielo.

La resistencia para el dolor físico y para el dolor moral, da la medida del heroísmo y del buen temple del espíritu. Héroes que defienden el honor de la patria, peleando por ella en el sitio más peligroso del combate; los mártires de la leyenda, sufriendo el tormento de sus verdugos, son muestras admirables y venerandas del valor personal y físico.

Para los grandes dolores de alma no hay consuelo, porque no sólo son mudos sino impasibles. Son á modo de una gangrena que poco á poco va devorando la carne hasta que concluye por aniquilarla Solamente los que experimentan el dolor moral pueden comprender las abnegaciones del espíritu.

Pero como todo evoluciona, como todo está sometido á la influencia del progreso, va resultando que ni el dolor físico, ni el dolor moral, patrimonio un tiempo de los séres sensibles, alcanzan hoy la intensidad que en anteriores épocas. La ciencia hipocrática ha progresado mucho, y con la anestesia modernista consigue atenuar y aun amortiguar el dolor físico.

El cirujano, con su bisturi, habilmente manejado, y con los anestésicos, juega con vuestro organismo como un carpintero con la madera, y elimina de vuestro cuerpo las vísceras enfermas, sustituyéndolas á veces por combinaciones de autoplastia que son, si así puede decirse, la última palabra de la cirujía moderna.

También para las grandes vísceras enfermas del espíritu, si así puede decirse, hay recursos; y por eso ya los grandes dolores morales, se atenúan y amortiguan también. Ved las estadísticas, y veréis como aumenta de día en día, el número de viudos que se vuelven á casar, buscando en un nuevo enlace la felicidad que perdieron. Muchos la recuperan, otros son desgraciados; pero el dolor moral producido por el fallecimiento de cónyuge anterior, está curado.

Los adelantos sociales suministran la anestesia para el dolor moral, como los progresos quirúrgicos proporcionan la anestesia para el dolor físico Ya nadie padece los grandes dolores del cuerpo ni tampoco los del alma, porque para todo hay remedio, y la filosofía peculiar al estado de progreso moral y material en que nos encontramos, hace posible el olvido completo de todo género de tribulaciones; las de la carne, y las del espíritu.

Los egoistas los indiferentes, los apáticos, ¿qué son sino enfermos del alma que han logrado una completa curación? A unos les ha sido extraído hipotéticamente el corazón como la muela careada á la mandíbula enferma; á otros les falta la voluntad, la abnegación, el cariño filial ó el afecto paterno. ¿En qué consiste? Tal vez en que los cirujanos del alma le han extraído también esos dulces sentimientos quizás acerados, despojándolos de toda sensibilidad para semejantes afecciones.

Sea como quiera, el hecho es, que ni los grandes dolores físicos ni los morales perduran afortunadamente; porque después de todo, ¿para qué es el sufrir? Más vale tener acorchada el alma y anestesiado el cuerpo, que no pasarse toda la vida con la respectiva tortura... y ya que la vida es corta, siquiera pasarla lo más agradablemente posible.

ABEL IMART

El funesto caciquismo y algo de su Terapéutica

Tal es el título de un libro que nos ha sido dedicado por su autor Vicente Villaspesa Galvache, á quien damos las más expresivas gracias por su fineza.

Tiene la obra de Villaspesa una claridad para juzgar qué, seguramente, al Padre Cobos no hubiera dejado de agradarle, apesar de ser tan partidario de las indirectas.

También encontramos en él un gran valor, ó una gran despreocupación, para decir verdades como puños.

El libro de Villaspesa está escrito para poner al descubierto la llaga del caciquismo.

No se contenta el autor con dar á conocer la llaga y su corrupción, sino que ha tenido el gran valor de exponer lo que á su juicio, estima como Terapéutica del mal ó sea como remedios que pueden ir cauterizando la llaga y purificando de toxinas la sangre que dá vida al Estado.

El propósito de Villaspesa es noble y levantado.

La obra que recomendamos al público, por su interés, se halla de venta en todas las principales librerías, al precio de 3 pesetas 50 céntimos.

LA "GACETA"

La «Gaceta» de hoy publica una real orden resolutoria del expediente instruído en virtud de instancia de la comisión gestora de la Liga de Sociedades anónimas sobre aclaración de los artículos 50 y 52 del reglamento del impuesto de utilidades.

LA ADULTERACIÓN DE LOS ALIMENTOS

Es muy compleja y muy interesante la cuestión de las adulteraciones, porque afecta, por una parte á la salud pública y á los intereses del comprador, y por otra, por la influencia que en la fabricación y en el comercio ejercen las leyes y disposiciones que contra las sofisticaciones rigen en cada país.

La codicia insaciable de la sociedad moderna, la ambición sin límites de prosperar, el deseo de salir de su posición social, para elevarse al nivel del que las ocupa mejor, en fin, el afán de adquirir una buena fortuna en poco tiempo, puede decirse que es la estrella polar que guía á la actual generación; esto hace, que la conciencia de ciertos hombres se encuentre petrificada, que la palabra honradez sea una burla y que el crédito estribe en el modo de engañar á los demás. Si la civilización moderna puede vanagloriarse, felicitarse, estar orgullosa por los extraordinarios progresos de su industria, tiene por desgracia que deplorar la facilidad y rapidez con que inventa medios para falsificar todos los productos, y en particular las sustancias que constituyen el alimento diario de la sociedad. Este medio de falsificación y engañar al público, ha hecho su progreso, como todos los ramos del saber y la industria humana, y lo peor de todo, es que sigue su movimiento ascendente.

En un principio, casi todo se reducía al fraude en los pesos y medidas, á engañar al público en la cantidad; después el comerciante, ya no satisfacía con esto, era necesario adicionar á los géneros otros de menos valor, que aumentara su peso, sin hacer desmerecer las cualidades físicas del bueno. En esto ya se engañaba al comprador, en la cantidad y en la calidad, recibiendo aquél el perjuicio en sus intereses, en el mayor precio que se les hacía pagar un artículo malo y falto, como bueno. Esto, al fin, no se podía calificar más que como un «abuso de confianza», que las leyes debían castigar, muy severamente, porque hay reincidencia constante y sin riesgo.

Pero si esto se podía hacer, no se comprende como haya personas cuya codicia sea tan insaciable, que falsifique las substancias alimenticias, y que las falsifique con sustancias que tal vez, desconozca el daño que pueda ocasionar, en esta falsificación, no sólo se produce perjuicio al comprador en sus intereses, sino que, lo que es más grave, se le ocasionan en su salud; de modo que esta adulteración aún merece mayor castigo.

Ha llegado á tal extremo el vicio de la sofisticación y adulteración de todas las sustancias, que el público no cree ya comprar ninguna pura, y es muy raro el encontrar vendedores de buena fe el que lo llega á ser, pasa desapercibido: ¿qué artículo de comercio podeis sacar hoy que no esté adulterado? Ninguno; todos lo están: desde el papel, que se le pone yeso, minio el chocolate, altramuces y achicorias al café, fuschina, al vino; alabastro y arena á la harina y otras muchas sustancias que pudiéramos citar todo en fin, sufre sofisticación; lo mismo los artículos más insignificantes, que los artículos de lujo, vendiendo un artículo adulterado y malo, al mismo precio que si fuera bueno; pero lo más lamentable, lo que no encontramos pena bastante que aplicar para el adulterador, es que por este medio se exploten todas las clases sociales y particularmente la clase obrera y pobre; que se adultere la harina y el pan y otros artículos que consume; adulteración, que no sólo es en detrimento de sus escasos recursos, sino en deterioro de su organismo y de la pérdida de la salud; ¿qué es esta clase sin robustez, fuerza y energía en su organismo? Nada. ¿Quién le quita estas preciosas cualidades? Esos alimentos averiados y adulterados que se les venden. Ya que la naturaleza no le ha prodigado bienes de fortuna, por lo menos no les menoscabéis los que les ha concedido para ganarse su subsistencia á costa de tanta penalidad y sufrimiento.

A los especuladores de modo tan infame, sobre la pobreza pública, sobre el sudor del obrero, á estos negociantes sin sentimientos humanitarios, que quedan impasibles ante la desgracia que ellos son la causa, el Gobierno de cada nación (porque el mal es general) debía tratarlos con todo el rigor de la justicia, y vigilar con escrupulosidad las mercaderías que se expenden en los mercados públicos y casas de comercio; más vale que la sociedad compre poco y bueno que mucho y malo; lo primero, conservará la salud; lo segundo, la destruirá,

El falsificador ó adulterador de las sustancias alimenticias, siempre en sus falsificaciones, se propone: primero, dar á los alimentos un aspecto más agradable á la vista, para de este modo tener más despacho; segundo quitar el olor ó sabor más ó menos repugnantes que algunas sustancias pueden tener; tercero, aumentar su volumen y peso; cuarto, conseguir con todas estas cosas á la vez, poder dar su género más barato que los demás, y sin embargo ganar más.

Cuando la adulteración de una sustancia se hace con otra inofensiva, como adición del agua potable al vino y á la leche; ciertas harinas y féculas al pan, etc. etc., el engaño es en calidad y casi sólo con perjuicio de inte-

de la calle, por que la clase media en Hunerabour se lleva siempre bien con los militares, aunque hacen rancho aparte. A no les permiten entrar en sus familias, lo que consideran Christel, peligroso:

A cada instantes se despedia Christel, diciendo:

—Me voy porque se me hace tarde, señor Kobus; perdone usted, pero ya hace dos horas que debería estar en la quinta.

—¡Bah! exclamaba Fritz; poniéndole la mano en el hombro; esto me sucede todos los días, y es necesario de cuando en cuando esparcir el ánimo, ¡Vamos, tomad una copita más!

Y el viejo anabaptista, que iba saliendo alambrado, se volvia á sentar pensando: «Y van seis con ésta. Mucho me temo no poder irme por mi pie.» Después añadia:

—Pero, señor Kobus, ¿qué vá á decir mi mujer si me ve entrar un poco trasformado? Será la primera vez que me vea de este modo.

¿Vaya vaya? al aire libre todo se disipa y en último caso no tocaría sino decir: «Kobus tiene la culpa», y ya saldrá Sacel, á vuestra defensa.

—Eso es cierto, gritaba Christel, riéndose, es verdadad; ¿cuanto dice y hace el señor Kobus está bien hecho? ¡Vamos, pues, otra, copa!

la puerta y llevando la Biblia otra vez al armario Sin nosotros, seriais todos paganos. A nosotros debéis el penar hace dos mil años; no habéis inventado nada, no habéis hecho un solo descubrimiento Reflexionad un poco sobre lo que os habéis dividido y combatido en estos dos mil años, cuántas y que variadas ceotas y religiones habéis formado.

Nosotros nos conservamos los mismo desde Moisés; somos los hijos del Eterno. A vosotros os han formado el tiempo y el orgullo; con el mejor interés cambiáis de opinión, mientras que á nosotros, pobres miserables, no nos ha podido hacer abandonar una sola de nuestras leyes todo el universo reunido:

—Estas palabras me demuestran el orgullo de tu raza, contestó Fritz; hasta ahora, te había creido un hombre modesto en tus pensamientos; pero hoy me he convencido que respiros orgullo por todos los poros:

—¿Y por qué habia yo de ser modesto? exclamó David en un tono gangoso:—Cuando nos eligió el Eterno, ¿no sería porque valíamos más que los demás?

—¡Cállate; interrumpió Kobus; me asombra tu vanidad y acabaría por incomodarme.

—Incomodadate cuando, quieras, dijo el viejo «rebi;» yo no me he de oponer.